

16. La prueba del despertar de la mañana

San Benito, en el prólogo de la Regla, escribe: "Así que, hermanos, a nuestra pregunta al Señor acerca de las condiciones para vivir en su morada, oímos lo que hay que hacer para habitar en ella (cfr. Pról 23ss.), a condición de cumplir el deber del morador" (Pról 39).

San Benito dice: "*si compleamus habitatoris officium* - si realizamos el oficio del morador". Vivir es una tarea, un trabajo, una ascesis. Pero a la luz de lo que hemos meditado, es importante entender que la sustancia real de la obra de nuestra libertad es la familiaridad con Dios. Dios no nos llama a vivir en su tienda, y mucho menos a construir su casa, porque le interese la tienda o la casa, o porque le interese que la casa "marche bien". Dios quiere vivir con nosotros viviendo una familiaridad, una relación de amistad. Sin esto nada tiene sentido, especialmente vivir en comunidad, vivir en el monasterio, o quién sabe qué más. Todo en la Iglesia nos lo da el Señor para vivir en comunión con Él.

Por esta razón, como leemos en el Apocalipsis, Jesús está a la puerta y llama, y por esto quiere entrar: para cenar con nosotros y nosotros con Él (cfr. Ap 3, 20).

Pero la familiaridad con Dios no es una morada en la que podamos habitar cuando la hayamos terminado. La familiaridad con Dios se construye con la familiaridad con Dios. Es como el amor conyugal: no se construye realizando primero un curso en la universidad y luego yendo con el diploma para decirle a la amada que desde ese momento podemos amarnos. Se construye mientras se vive, aunque sea mal, sin duda se vive mal al principio o -mejor- con muchos momentos de crisis, pero todo es parte de la construcción de una familiaridad que es un ejercicio. Es como aprender a tocar un instrumento: la teoría es útil para leer las notas, y no confundir el violoncelo con un tambor, pero se aprende a tocar cuando se toca, familiarizarse con el instrumento, incluso a través del duro trabajo de los inicios cuando no se puede tocar nada hermoso.

"*Si compleamus habitatoris officium* - si realizamos el oficio del habitante" (RB Pról. 39). Detrás de este "si" de San Benito hay un desafío a nuestra libertad. ¿Realmente queremos vivir en la tienda del Señor, en la casa de Dios? Esto es, ¿realmente queremos ser la familia de Dios en Cristo?

No es tan obvio que lo deseemos realmente. Todos podemos hacer una prueba. Cuando nos levantamos por la mañana, antes de salir de la cama, ¿cómo pensamos en el día que se abre? ¿Para qué nos levantamos? Confieso que a menudo empiezo a pensar en cosas que hacer, en los problemas que afrontar, en la gente con quien contactar o encontrar, en las cosas que debería haber hecho ayer y que no pude hacer o terminar... Entonces, aparece la primera tentación: decirme que tampoco hoy no podré hacer todo lo que debería. De este modo, el día, incluso antes de empezar, se vuelve como el día de alguien que está condenado a trabajos forzados. El día se convierte en solo un "hacer", y el propio "yo" que se despierta es como inmediatamente aplastado por una montaña que se derrumba sobre él.

Solgenitsin ha expresado todo esto muy bien en sus trabajos sobre los campos de concentración. Estoy pensando, por ejemplo, en *Un día de Ivan Denisovic*. Todo el día es una lucha para sobrevivir, para salvarse a sí mismo y a sus cosas en cada mínimo detalle. Así que cada pequeño detalle, lo que se come, poderse calentar un poco del frío siberiano, etc., con el tiempo llega a ser más importante que la vida y la libertad. El protagonista, Sciuchov, finalmente se pregunta "si deseaba o no la libertad", y no sabe qué responder. Pero al menos él admite: "Hubiera deseado la libertad sólo para volver a casa. Pero no se lo hubieran permitido...", es decir, el deseo de familiaridad, que es fundamental en el corazón humano, se desvanece rápidamente en el escepticismo.

Junto a él, en las literas del dormitorio del campo, hay un joven de confesión baptista, que reza y lee el Evangelio. Él, desde su fe, aunque sea un poco "fundamentalista", saca la fuerza ingenua para aceptar que su casa es el campo, porque vive para Cristo y con Cristo. Y el protagonista, aunque no tiene esta fe, reconoce que el joven vive una libertad y plenitud que él no posee: "Aliosha no miente y de su voz y en sus ojos se ve que él es feliz de estar en la cárcel". Y él le dice: "Mira, Alioscia, (...) sale tanto bien de ti: Cristo te ha ordenado que vivas en prisión, y allí has ido por Cristo. Pero ¿por qué yo estoy en prisión? Porque en 1941 no estaban listos para hacer la guerra. ¿Y yo qué tengo que ver con eso?" (A. Solgenitsin, *Una giornata di Ivan Denisovic*, Ed. Garzanti 1974, pp. 200-201).

Quizá tal vez incluso cada uno de nuestros días puede ser tan difícil como un campo de concentración soviético, pero el problema es la razón por la que estamos dispuestos a vivir la vida, a permanecer en la vida, a hacer frente a la realidad. "¿Y yo qué tengo que ver con eso?", podríamos decirnos como Sciuchov: ¿Qué tengo que ver con la realidad que nos ha tocado vivir, con las personas con las que tenemos que pasar el día, trabajar, con nuestra comunidad, con nuestra familia, etc.? ¿Qué tengo que ver con la situación de la sociedad, con la situación del mundo entero, o con la enfermedad que me ha sobrevenido, o los problemas en el trabajo? ¿Qué tengo que ver con la condición de la Iglesia, con la situación de las vocaciones, la condición de los jóvenes de hoy, el envejecimiento de muchas comunidades? ¿Qué tengo yo que ver con mi carácter, mis problemas psicológicos, y especialmente con los de los demás?

En consecuencia, cuando vamos a levantarnos por la mañana, podríamos decirnos que básicamente no tenemos nada que ver con el día que empieza, porque nos enfrentamos al día como a través de un filtro, el de la presunción de tener que darle valor al día, o que el día nos lo dé a nosotros. Tenemos la presunción de tener que hacer que la realidad de este día sea bella e interesante a través de lo que hacemos o lo que tenemos. Y exigimos que la realidad del día nos satisfaga con lo que será o nos traerá. Pero la presunción nos engaña, porque nos evita tener un contacto directo con la realidad, entre nosotros y la realidad, y todo debe estar regulado entre nosotros y la realidad, entre lo que somos y lo que es la realidad, por lo que vaya bien o mal, me guste o me disguste, no hay ningún otro valor entre la realidad y yo más que mi interés, mi proyecto, mi placer.

Cuando nos enfrentamos así al día que empieza, la vida, antes o después, da miedo, no se tienen ganas de vivir, porque esta pretensión siempre es decepcionante. Porque, hemos de reconocerlo, la realidad no está hecha para satisfacernos. Mejor: nosotros no estamos hechos para quedar satisfechos por la realidad cotidiana en la que vivimos. Estamos hechos para ser satisfechos, para ser felices *en* la realidad cotidiana, pero no *por* la realidad cotidiana.

Este es el gran error de los ricos que condena Jesús en el Evangelio: creen que los graneros llenos son una satisfacción, un gozo, una plenitud para sus vidas. Pero esto no es así, ontológicamente no es cierto, porque nuestro corazón está hecho para otra cosa. Incluso si ese rico insensato no hubiera muerto la noche siguiente, aunque hubiera vivido cien años disfrutando de lo que había metido en sus graneros, incluso así, no sería feliz, no estaría satisfecho, porque su corazón estaba hecho para otro (cfr. Lc 12,15-21).

Pero cuando vivimos la realidad para vivir en ella, en las circunstancias tal y como surgen, aquello para lo que nuestro corazón ha sido creado, entonces todo cambia. Entonces "tenemos que ver" incluso en las peores condiciones, como las de un campo de concentración.